

torpe, ni inferior, ni trivial; ya es un verdadero poeta, no exento de los defectos de artificiosa retórica de su época; mas expresivo, sincero, embargado por un hondo sentimiento y abrasado por las lumbres del estro. Su fantasía se eleva y la elevación es súbita y prodigiosa. El humilde y sano cura que escribe versos sobre el papel de china en que envuelven su regalo de dulces las viejas abadesas; el abastecedor de décimas de ocasión en las fiestas del barrio, el piadoso juglar que excita la caridad cristiana poniendo redondillas lacrimosas en el plato de las limosnas, sufre inesperadamente una transformación, ó mejor dicho, una transfiguración. Vuela arrebatado en una nube de incienso. Sube de rodillas, con las manos juntas y los ojos extáticos. Por debajo de la sotana le palpitan las alas. ¿Qué ha pasado? Una cosa sencilla: que canta el amor y el dolor de la Virgen María; que una devoción profunda lo ha vuelto uncioso é inspirado, que es un fervoroso *mariano*.

Un panegirista del Padre Sartorio, el Doctor Don José María Torres y Guzmán, vicerector de la Archicofradía de la Santa Veracruz, nos va á explicar el misterio, nos lo va á explicar con fe de creyente y revelaciones de milagro:

«Dos meses contaba de nacido—dice—cuando dió las primeras señales de aquel amor tierno y reverente que siempre conservó á la Ma-

dre del Verbo Eterno; y que, en sentir de algunos Santos Padres, es un claro signo de la predestinación. Lloraba á todo grito, y se manifestaba bien en él la bilis que lo dominaba, dando malos días y peores noches á sus padres, cuando advirtieron éstos la repentina cesación de sus lloros. Averiguan el motivo, y le ven fijos los ojos en una imagen de la Santísima Virgen. Pero no es una mera casualidad la que lo aquieta á su presencia; las cosas contingentes suceden raras ocasiones; y en él correspondió el éxito á la experiencia todas las veces que se hizo. Se interpone el padre entre su vista y la imagen, y él, inquieto, la solicita, y llora hasta que se le descubre. Le traen otra distinta, y sin el niño que aquella tenía en los brazos, y muestra la misma severidad y se alegra y se sonríe. Se le presenta una estampa de la Señora y da señales del mismo gozo: alarga sus manecitas, la toma, y la coloca sobre su corazón, cruzando encima de ella los brazos. Se le pretende quitar y la defiende».....

«Su padre le dió las primeras lecciones para conocer las letras de nuestro alfabeto; y sin necesidad de la segunda él las conoció todas, sin equivocarse ni una; ya se le preguntasen en el orden que tienen; ya se le colocasen separadas y en desorden. Quiere aquél enseñarle á juntar las letras para formar el vocablo, y, dirigiendo el discípulo su vista á la parte opues-

ta de la que se le enseñaba, pronuncia por sí solo, y con nueva admiración de su padre, el dulce nombre de María, que en efecto estaba escrito.

«Refería el mismo Presbítero Don José Manuel Sartorio, siempre bañado en lágrimas, estos pasajes de sus primeros días que fueron el retrato en miniatura de sus futuros años.» (1)

La candorosa hipérbole de este pasaje nos da la clave espiritual del cura de la Santa Veracruz. Aquí aparece, envuelta en credulidad infantil, una predisposición muy marcada: la predisposición al misticismo. Sartorio se creyó un predestinado; un elegido por la Madre de Dios. Y he aquí por qué, en ocasiones, tan ardientes son sus reclamos místicos; tanto, que se saborea en ellos un extraño gusto de voluptuosidad pagana:

Ojalá sólo á tí ame
y no á vanos objetos mi dulzura!
Pues ea, dame, dame
á beber de tus pechos leche pura,
que ésta me apagará la humosa hoguera
de cualquier otro amor de baja esfera.

Déjame dar mil besos
á esos hermosos pies que me enamoran:

(1) *Oración fúnebre que en las solemnes honras del Presbítero D. José Manuel Sartorio... pronunció el Doctor Don José María Torres y Guzmán... México, 1829. Imprenta de Valdés.*

pies puros; pies ilesos,
pies que postrados ángeles adoran;
pies que triunfantes con denuedo vivo
hollaron de la sierpe el cuello altivo.

.....
¡Oh resplandor del cielo,
océano de grandeza desmedida!
Ven á nuestro consuelo,
benigna sana mi inmortal herida,
y con tus dulces pechos virginales
alivia mi aflicción, cura mis males.

Estas imploraciones, de un evidente sensualismo, nos revelan también el apasionado temperamento de Sartorio. Bien se adivina, bien se siente correr, bajo la blancura de esta vida ejemplar, el fuego de la sangre italiana. Los requiebros y las ternezas á María alcanzan su grado máximo de ardor expresivo:

Sí, mi alma, yo te amo,
mi vida, te quiero,
mis ojos, te adoro,
mi bien, te confieso.

—
Mi madre, te aclamo,
mi luz, te venero,
mi amparo, te imploro,
mi salud, te aprecio.

Te invoco, esperanza,
te llamo, consuelo,
te nombro, dulzura,
te ansío, refrigerio.

Tú eres mi señora,
tú, mi dulce dueño,
tú, de mis servicios
adorado objeto.

Tú mi sol hermoso,
tú, mi claro cielo,
tú, mi bella luna,
tú, mi firmamento;

tú, mi jardín noble,
tú, mi alegre huerto,
mi pensil tesalio
y mi campo ameno.

Pero este poeta que, bajo el nombre de *Partenio*, adoró, con fervor tan vivo, al más hermoso símbolo de la Castidad y del Dolor en la leyenda cristiana, tuvo otro amor tan grande, tan hondo como éste; otro amor por el cual sacrificó el buen cura su reposo, su tranquilidad, su bienestar; otro amor que él cantó, no ya en versificación arrebatadora y arcaica, sino en cláusulas impetuosas, en discursos elocuentes, en improvisadas y ardentísimas aren-

gas: el amor á la Patria. Más de veinte años de su ancianidad inmaculada dedicó este mexicano al servicio de ese otro primer amor. Él fué de los primeros, de los pocos, que se negaron á hacer del púlpito una tribuna política en contra de la libertad.

La historia literaria puede abandonarlo al terminar el año de 1809. La historia política debe ocuparse en seguir sus pasos, á través de las vicisitudes sociales, hasta el año de 1829, en que el Padre Sartorio entregó, por fin, á María y á México su ya agobiada vida. El mismo la sintetizó, haciéndose su propio epitafio:

«*Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna.
Is fuit Orator, nunc tace, hospes abi.*»

«Oculto bajo de esta
losa triste y funesta
yace el pobre Sartorio.
Fué orador; aplaudióle su auditorio;
mas nunca ha predicado
mejor que ahora callado.
La muerte, en fin, su asunto fué postrero;
oye el sermón, y vete, pasajero.»

*
* *

Don José Agustín de Castro, hijo de Valladolid de Michoacán, alcanzó por estos tiempos inusitada celebridad. Editó, en tres tomos, su

Miscelánea de poesías sagradas y humanas. En ellas se muestra presuntuoso y prosaico. Eso es lo que se nota, particularmente, en sus poesías religiosas. En las profanas, en muchas de las profanas, usa, con cierta agradable gallardía, de la dialéctica conceptuosa y de la riqueza culterana de los apólogos calderonianos:

GLOSADO EN DECIMAS

«Tarda la lengua en decir
una fina voluntad,
cuando los ojos la explican
en un abrir y cerrar.

Ama el corazón muriendo,
pero á la lengua ordenando
que diga de cuando en cuando
el mal que está padeciendo.

Habla ésta, mas el estruendo
del corazón al morir
no la deja prorrumpir;
con esto vienen á estar
pronta la vista en hablar,
tarda la lengua en decir.

Muere porque á tanto llega
de las ansias el rigor
cuando la pasión de amor
todos los arbitrios niega.

Muere, y al hacer entrega
de su escondida heredad,
¿qué otra cosa en realidad
se halla en los bienes, por junto,
de aquel corazón difunto?

Una fina voluntad.

Con temor, con desconfianza,
es natural proceder
siempre que se ve no haber
en el enfermo esperanza.

Los ojos, pues, sin tardanza
las miradas multiplican:
bien su pasión significan;
pero se nota por cierto
que ya el corazón ha muerto
cuando los ojos la explican.

Muere corazón tan fiel,
hallando al fin de sus días,
entre las cenizas frías,
un pago tirano, cruel.

Triste corazón aquel
que muere por sólo amar,
pues aún no llega á expirar
y ya le está prevenido
el sepulcro del olvido
en un abrir y cerrar.»

Además de los habituales defectos prosódicos, tiene también los comunes á los escritores americanos de principios del siglo XIX: pro-

DIÁLOGO ENTRE LOS MISMOS CRITICOS

- ¿Quién es aquel *fachenda*?
—Un Don Aquel.
- ¿A qué horas está en pie?
—Salido el sol.
- ¿Cómo sus letras son?
—De Facistol.
- ¿Cuáles sus facultades?
—De oropel.
- ¿Pretende algún destino?
—Hacer papel.
- ¿Qué puchero es el suyo?
—Pura col.
- ¡Qué piernas tan delgadas!
—De fistol.
- ¿Y así andará en retratos?
—Él, por él.
- ¿Es casado?
—Con una tal por cual.
- ¿Qué tal es su expediente?
—Muy civil.
- ¿Cómo su racionio?
—Garrafal.
- ¿Tan escasa es su luz?
—La de un candil.
- ¿La mantiene el marido?
—No, el rival.
- Casados de este jaez conozco mil.
-

Otro colaborador del *Diario de México*, al mismo tiempo que lo eran Navarrete y Sartorio, es Don Anastasio de Ochoa y Acuña (1783-1833). En 1806 aparece, en el periódico que acabo de nombrar, su primera composición: es satírica. Oídla: no está contenida en la obra que con el título de *Poemas de un Mexicano* publicó el autor en Nueva York, el año de 1828:

¿Con una tinta que venden
exquisita en el Portal,
dizque se curan su mal
los que de cisnes se ofenden,
y que ser cuervos pretenden
con presunción extremada?

—*No sé nada.*

¿Dizque es el gasto crecido,
que hacen hombres y mujeres
en perfumes y alfileres;
y de la coqueta, ha habido
mil quejas, porque ha subido
el precio de la pomada?

—*No sé nada.*

¿Y del Parnaso un espía
dizque avisó que en el *Diario*
se encontró más de un plagiario
que lucirse pretendía

con lo ageno que cogía,
siempre la boca callada?

—*No sé nada.*

Dizque dice tales cosas
con su insulsa redondilla
esta pequeña letrilla,
que á unos parecen graciosas
y á otros son tan fastidiosas
que el oírlas les enfada?

—*No sé nada.*

Muy joven era Ochoa; contaba veintitrés años cuando publicó estos versos, que muestran su afición por un género en el que había de sobresalir.

El insigne Menéndez y Pelayo lo prefiere humanista y alaba su traducción de las *Heroidas* de Ovidio, de la cual dice que es bella, muy exacta, á veces muy poética, y con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda y muelle del original.»

En efecto: Ochoa fué un excelente latinista, como lo comprueban esa y otras traducciones de los poetas clásicos, y los fragmentos de los *Heroica de Deo Carmina* del mexicano Abad. Desde muy niño, según aseguran sus biógrafos, Ochoa estudió latín, y su paso por el Colegio de San Ildefonso y por la Universidad debe de haberle afirmado hacia su favorita inclinación por la lengua matriz.

Pero no es Ochoa un humanista seco y avellanado, de sabor arcaico, de estilo sin jugo, de construcciones rígidas, de trasposiciones latinizantes. No es un enfático y académico *latino-parlante*, á la usanza de la época. Es en todo y por todo un verdadero poeta.

No vuela mucho ni muy alto; pero sí vuela con mesura y gallardía. Encuentra, á cada paso, expresiones elegantes y agradables eufonías. Es un poeta de su tiempo: artificioso y retórico, con ecos de Iglesias de la Casa, y marginales de las anacreónticas *neoclásicas*. Mas, sin dejar de rendirle el tributo á la moda literaria, á que tan pocos espíritus pueden sustraerse, Ochoa lleva más lejos sus imitaciones, las remonta á los *siglos de oro* y es, se le conoce, un asiduo lector de los poetas andaluces del siglo XVI, de Jáuregui, de Caro y Andrada (probablemente ambos bajo el nombre protector de Rioja), y de los de otras escuelas: De la Torre, Cristóbal de Castillejo, los Argensolas.

Es indudable que Lope lo impresionó, lo sedujo. El famoso sonetista *Tomé de Burguillos*, el estupendo Lope, es para Ochoa un ejemplo constante. Lo sigue: trata de acercársele y de reproducirlo. Algunas veces copia, con fría gracia, el modelo. Y así, por ejemplo, de aquel juguete artístico tan celebrado y comentado:

Un soneto me manda hacer Violante. . . .

Ochoa intenta hacer otro juguete, menos donoso, pero no exento de bizarría y arrogancia:

¡Catorce versos! Mas está el *primero*;
pasemos al *segundo*; no va malo.
El *tercero* ... aquí es ello; mas lo igualo,
y con el *cuarto* ya es cuarteto entero.

El *quinto* ¡qué primor! salió sin pero;
síguese el *sexto*; bien; si lo acabalo,
al *séptimo* sin pena me resbalo
y me paso al *octavo* placentero.

Respiremos, en fin; el *nueve* es este,
tan fácil como el *diez*; y este terceto
acabe el *once* cueste lo que cueste.

¡Quién lo creyera! el *doce* está completo.
¿Y el *trece*? ¡Apolo su favor me preste!
El *catorce* ¡oh placer! . . . Ya está el soneto.

No en inspiración ni en fantasía, que, particularmente en el género erótico, eran escasas en Ochoa, pero sí en *arquitectura* métrica igualaba y aun superaba á sus contemporáneos de México. Pocos son sus descuidos y dependen en su mayor parte de *modismos* y *fonetismos* regionales que afean la dicción ó trastornan con disonancias desagradables la música del verso.

Pero en muchas rimas, en composiciones enteras, su prosodia es perfecta, y correcto y rico su léxico.

Por las poesías serias es menos conocido y estimado que por las humorísticas y jocosas.

Es ésta una injusticia explicable. Era natural que fuera más popular en aquello en que más se acercaba al alma de la colectividad, inepta para apreciar las hermosuras del humanista, y apta, en cambio, como pocas, para saborear el dulce veneno de malicia del poeta burlesco, que ridiculizaba tipos y costumbres de antaño con epigramático donaire.

Aquí Ochoa sigue siendo, como en sus obras serias, un notable *copista*, aunque resulta más espontáneo, genuino y sincero en producir la vena satírica. Ya dije que Iglesias de la Casa fué uno de sus autores favoritos; pero, por paralelismo á sus graves modelos, no dejó, ó dejó muy pocas veces, de acordarse de aquel risueño poeta, cuyo maravilloso gracejo representa y revive aún toda la intencionada jovialidad de una raza y de una época: Baltasar de Alcázar. Aquí y allá se sorprenden, en Ochoa, rasgos de aquel generoso *humor* del soldado español, y también alientos, reminiscencias y parodias, del agrio y punzante Góngora, y de Quevedo el truhanesco y desenfadado burlador.

Las festivas *caricaturas* de Ochoa son, por lo general, muy mexicanas, muy regionales, hechas algunas sobre frases y modismos locales, de que aún se conservan huellas en nuestras conversaciones familiares. Ochoa no logró que se desplegasen en franca risa los labios adustos del señor Menéndez y Pelayo.

No comprendió este crítico eruditísimo la

razón de las estrepitosas carcajadas que nos arranca la lectura del satírico mexicano. Y es que el célebre polígrafo no puede darse cuenta, como nosotros, de la fácil y encantadora naturalidad, de la precisión y del tino con que está retratada nuestra vida social, y con que están pintadas, á líneas caricaturescas, las gentes coloniales: el *currutaco* pedantesco, la coqueta *pirraquita*, la doncella descocada, el perverso *cócora*, la vieja emperifollada, el rábula mentecato.

El *Atanasio de Achoso*, el *A. O.* y *Ucaña*, *El Tuerto del Diario de México*, hacían las delicias de los suscriptores de este periódico. Todos ellos eran sólo el disfraz del severo Ochoa, que solía poner á su bonete de párroco los alharaquientos cascabeles de Momo.

Además de las *Heroídas* de Ovidio, tiene Ochoa otro extenso trabajo de traductor: el *Facistol* de Boileau Despreaux.

*
* *

Estos eran los estilos y formas, alrededor de los cuales se agruparon, para constituir núcleos de género literario, los poetas líricos mexicanos antes de 1810: el amatorio, el bucólico, el religioso, el satírico. Los prosistas, como ya lo expresé, seguían los rastros de Jovellanos, Isla, Feijóo y Cadalso, ó bien se remontaban á Gracián y Quevedo, y tal cual emprendía el vuelo hasta Cervantes.

La cátedra sagrada, importantísima rama literaria, que no me es dado estudiar aquí detenidamente, se resentía, aún, en principios del siglo, del galimatías gongórico que la contaminó en el XVIII. A la nueva era habían pasado las voces enigmáticas y pedantescas de la *secta gerundiana*. (1)

Y poetas, prosistas, oradores, eran un tardío reflejo de la Metrópoli, una reproducción retrasada de España, una rezagada manifestación de nuestras inevitables relaciones mentales con el pueblo que, mezclándose al indígena, produjo esa nueva unidad étnica: el mexicano, con caracteres antropológicos distintos de los de sus progenitores, pero con el idioma

(1) Muchos fueron los oradores sagrados en México en 1800 á 1821. No renovó las glorias de Lorenzana ninguno de los tres arzobispos, hijos de España, que ocuparon la sede de la capital del virreinato desde 1802, año en que Lizana y Beaumont sucedió á Núñez de Haro (†1800), hasta 1821, fecha en que, sin renunciarla, la dejó vacante para muchos años el terco D. Pedro José Fonte. Como oradores se señalaban en esta época, entre los mexicanos, además de Beristáin, Sartorio, Fr. Servando de Mier y Bringas Encinas, de quienes hablo en este *Estudio preliminar*, el Dr. José Nicolás Maniau, ya mencionado; el Dr. Guridi Alcocer, conocido como figura política; el Dr. Gómez Marín, el satírico de *El Currutaco por alambique*; el P. Nicolás de Lara, el P. José Loreto Barraza, el Dr. José Ignacio Heredia; Fr. José María Orruño Irasusta y el P. Díaz Calvillo, conocidos también por sus folletos políticos; el Dr. José Demetrio Moreno Buenvecino, el P. José Pichardo, Fr. Luis Carrasco, el Dr. José Alejandro Jove, el P. José Mariano Ponce de León, el P. Vicente Arnaldo, el P. Vasconcelos y Vallarta, y D. Antonio Joaquín Pérez, que llegó á Obispo de Puebla. En segundo orden se citan otros muchos mexicanos, tales como el Dr. Alcalá y Orozco, Fr. José Miguel Aguilera, el P. José Victoriano Baños, el canónigo Sebastián de Betan-